

MICHAEL MOORCOCK

HAWKMOON

CRÓNICAS DEL CASTILLO DE BRASS



III

EN BUSCA DE TANELORŶ

Los héroes de todos los planos se reúnen para hacer frente a una amenaza que puede acabar con la propia estructura del Multiverso.

Finalmente, se narra la búsqueda de Tanelorn y el destino final de los hombres y los dioses, acabando al mismo tiempo todas las Crónicas.

Libro primero

El mundo enloquecido: un campeón de sueños

I

Un viejo amigo en el castillo de Brass

—¿Perdidos?

—Sí.

—Sólo son sueños, Hawkmoon. ¿Sueños perdidos?

El tono era casi patético.

—Creo que no.

El conde de Brass apartó su voluminoso cuerpo de la ventana, y la luz bañó de repente el rostro demacrado de Hawkmoon.

—Ojalá tuviera dos nietos. Ojalá. Quizá algún día...

La conversación se había repetido tantas veces que ya constituía un ritual. Al conde Brass le disgustaban los misterios; de hecho, los detestaba.

—Eran un chico y una chica. —Hawkmoon estaba cansado, pero la locura le había abandonado—. Manfred y Yami-la. El chico se parecía mucho a vos.

—Ya te lo hemos contado, padre.

Yisselda, con los brazos cruzados bajo los pechos, se apartó de la chimenea. Llevaba un vestido verde con los puños y el cuello ribeteados de armiño. Tenía el cabello estirado hacia atrás. Estaba pálida. Lo había estado desde su regreso con Hawkmoon al castillo de Brass, más de un mes antes.

—Ya te lo dijimos... y hemos de encontrarles.

El conde de Brass pasó sus gruesos dedos sobre el cabello rojo veteado de gris y frunció el ceño.

—No creía a Hawkmoon..., pero ahora os creo a los dos, aunque no me guste.

—Por eso discutes tanto, padre.

Yisselda apoyó una mano sobre su brazo.

—Tal vez Bowgentle pudiera explicar estas paradojas —continuó el conde Brass—, pero nadie más podría encontrar las palabras adecuadas para iluminar la mente de un sencillo soldado como yo. Vosotros creéis que he vuelto de entre los muertos, pero no recuerdo mi muerte. Y Yisselda ha sido rescatada del limbo, cuando yo la creía muerta en la batalla de Londra. Ahora, habláis de hijos, también perdidos en algún lugar del limbo. Una idea aterradora. ¡Niños sometidos a tales horrores! ¡Ah no! No quiero ni pensarlo.

—Nosotros sí, conde Brass. —Hawkmoon habló con la autoridad de un hombre que ha pasado muchas horas a solas con sus más oscuros pensamientos—. Por eso estamos decididos a hacer lo imposible por encontrarles. Por eso, hoy partimos hacia Londra, con la esperanza de que la reina Flana y sus científicos nos ayuden.

El conde Brass acarició su poblado bigote rojo. La mención de Londra le había sugerido otros pensamientos. Una leve expresión de embarazo apareció en su cara. Carraspeó.

—¿Algún mensaje especial para la reina Flana? —preguntó Yisselda, con mirada traviesa.

Su padre se encogió de hombros.

—Las cortesías habituales, por supuesto. Tengo la intención de escribir. Quizá os dé una carta antes de que marchéis.

—Estaría encantada de volver a verte en persona. —Yisselda dirigió una mirada significativa a Hawkmoon, que se frotó la nuca—. En su última carta me contó cuánto le había complacido tu visita, padre. Subrayó la sabiduría de tus consejos, el práctico sentido común que aplicas a los

asuntos de estado. Insinuaba que estaba dispuesta a ofrecerte un puesto oficial en la corte de Londra.

Dio la impresión de que las coloradas facciones del conde Brass adquirirían un tono aún más pronunciado.

—Mencionó algo por el estilo, pero en Londra no me necesitan.

—Por tus consejos no, desde luego —dijo Yisselda—. ¿Pero tu apoyo? En otros tiempos era muy aficionada a los hombres, pero desde la terrible muerte de D'Averc... Me han dicho que no abriga la menor intención de casarse. Me han dicho que ha pensado en la posibilidad de dar un heredero al trono, pero sólo existe un hombre que, en su opinión, sea comparable a D'Averc. Creo que no me expreso con claridad...

—Tienes toda la razón, hija mía. Muy comprensible, porque tu mente está absorta en otros pensamientos. Sin embargo, me conmueve tu preocupación por mis asuntos más nimios. —Al subirse, la manga de brocado dejó al descubierto un antebrazo bronceado y musculoso—. Soy demasiado viejo para casarme. Si pensara en ello, no encontraría una mujer mejor que Flana, pero mantengo la decisión que tomé hace muchos años, vivir prácticamente retirado en la Camarga. Además, soy responsable de los habitantes de este país. ¿Darías al traste con todo esto?

—Nosotros nos encargaríamos de esa tarea, como hicimos cuando estuviste...

Yisselda calló.

—¿Muerto? —El conde Brass frunció el ceño—. Me alegra no recordarte de esa forma, Yisselda. Cuando volví de Londra y te encontré aquí, mi corazón se llenó de alegría. No pedí la menor explicación. Me bastaba con que vivieras. De todos modos, recuerdo que te vi morir en Londra hace unos años. Un recuerdo del que me alegraba dudar. Pero el recuerdo de los niños... Vivir bajo el agobio de esos fantasmas, de saber que viven aterrados en algún sitio... ¡Es horroroso!

—Es un horror familiar —dijo Hawkmoon—. Con un poco de suerte, les encontraremos. Con un poco de suerte, no sabrán nada de todo esto. Con un poco de suerte, habiten en el plano que habiten, son felices.

Alguien llamó a la puerta del estudio. El conde Brass respondió con voz malhumorada.

—Entrad.

El capitán Josef Vedla abrió la puerta, la cerró tras de sí y permaneció en silencio unos instantes. El viejo soldado iba vestido de paisano (camisa de ante, justillo y pantalones también de ante y botas de piel ennegrecida). De su cinturón colgaba un largo cuchillo, cuya única utilidad parecía ser un apoyo para su mano izquierda.

—El ornitóptero está casi dispuesto —anunció—. Os conducirá a Karlye. El Puente de Plata ha sido terminado, restaurado en toda su antigua belleza, y gracias a él podréis trasladaros hasta Deauvere, tal como era vuestra intención, duque Dorian.

—Gracias, capitán Vedla. Me complacerá realizar este trayecto por la ruta que utilicé cuando llegué por primera vez al castillo de Brass.

Yisselda, sin soltar la mano de su padre, extendió la otra mano y cogió la de Hawkmoon. Escrutó su rostro unos instantes y sus dedos aumentaron la presión. Hawkmoon respiró hondo.

—Es hora de partir —dijo.

—Hay más noticias...

Josef Vedla titubeó.

—¿Cuáles?

—Un jinete, señor. Nuestros guardias le vieron. Hemos recibido un mensaje heliográfico hace unos minutos. Se aproxima a la ciudad...

—¿Anunció su llegada en nuestras fronteras? —preguntó el conde Brass.

—Eso es lo extraño, conde Brass. En las fronteras no le vieron. Había atravesado la mitad de la Camarga antes de

ser avistado.

—Qué raro. Nuestros guardias no suelen descuidar la vigilancia...

—Y hoy no es una excepción. No ha entrado por ninguna de las rutas conocidas.

—Bien, sin duda tendremos la oportunidad de preguntarle cómo ha burlado a nuestros vigías —dijo Yisselda con calma—. Al fin y al cabo, se trata de un jinete, no de un ejército.

Hawkmoon lanzó una carcajada. Por un momento, todos se habían mostrado preocupados en exceso.

—Que salgan a su encuentro, capitán Vedla, y se le invite a visitar el castillo.

Vedla saludó y se marchó.

Hawkmoon se acercó a la ventana y miró por encima de los tejados de Aigües Mortes a los campos y lagunas que se extendían más allá de la antigua ciudad. El cielo, de un color azul pálido, estaba despejado y se reflejaba en las aguas lejanas. Un leve viento invernal agitaba los cañaverales. Observó un movimiento en la amplia carretera blanca que atravesaba los marjales en dirección a la ciudad. Vio al jinete. Cabalgaba a buen paso, erguido sobre la silla, y Hawkmoon creyó percibir orgullo en su actitud. La silueta del jinete le resultó familiar. Hawkmoon, en lugar de seguir observando a la figura, se apartó de la ventana, dispuesto a esperar hasta que pudiera identificarla con mayor facilidad.

—Un viejo amigo..., o un viejo enemigo —dijo—. Su porte me recuerda a alguien.

—No ha sido anunciado. —El conde Brass se encogió de hombros—. Ya nada es como antes. Vivimos tiempos más serenos.

—Para algunos —dijo Hawkmoon, pero lamentó la auto-compasión de su tono.

Tales sentimientos le habían abrumado en otra época. Ahora que se había desembarazado de ellos, era muy sensible al menor síntoma de que intentaran reproducirse. De

un excesivo regodearse en ellos había pasado a un pronunciado estoicismo, lo cual había tranquilizado a todo el mundo, excepto a aquellos que le conocían y apreciaban. Yisselda, que adivinó sus pensamientos, le acarició los labios y las mejillas. Hawkmoon sonrió, la atrajo hacia sí y depositó un casto beso en su frente.

—Hemos de prepararnos para partir —dijo ella.

Hawkmoon ya iba vestido para el viaje.

—¿Padre y tú recibiréis aquí a nuestro visitante?

Hawkmoon asintió.

—Creo que sí. Siempre existe la esperanza de que...

—Desengáñate, querido. Hay pocas probabilidades de que traiga noticias de Manfred y Yamila.

—Es verdad.

Yisselda dirigió una sonrisa a su padre y salió del estudio.

El conde Brass se acercó a una mesa de roble pulido, sobre la cual descansaba una bandeja. Levantó una jarra de peltre.

—¿Os apetece que tomemos una copa de vino antes de marcharos, Hawkmoon?

—Gracias.

Hawkmoon aceptó la copa de madera tallada que el anciano le tendió. Bebió un poco de vino y reprimió la tentación de volver a la ventana y ver si reconocía al forastero.

—Lamento más que nunca que Bowgentle no esté aquí para aconsejarnos —dijo el conde Brass—. Tanto hablar de otros planos de existencia, de otras posibilidades, de amigos muertos que aún viven... Me huele a ocultismo. Toda mi vida he contemplado con desdén las supersticiones, así como las especulaciones pseudofilosóficas. Por desgracia, mi mente es incapaz de distinguir entre las supercherías y lo auténticamente metafísico.

—No interpretéis lo que digo como meditaciones morbosas —contestó Hawkmoon—, pero tengo motivos para creer que tal vez algún día recuperemos a Bowgentle.

—Supongo que la diferencia entre nosotros consiste en que vos, a pesar de vuestra tozudez, continuáis abrigando muchas esperanzas. Hace largo tiempo renuncié a la fe, al menos conscientemente. Vos, Hawkmoon, sin embargo, la descubriste una y otra vez.

—Sí..., a lo largo de muchas vidas.

—¿Cómo?

—Me refiero a mis sueños, a esos extraños sueños de mis diferentes reencarnaciones. Identifiqué aquellos sueños con mi locura, pero ya no estoy seguro. Aún tengo.

—No los habíais mencionado desde que regresasteis con Yisselda.

—No me atormentan como antes, pero se repiten.

—¿Cada noche?

—Sí, cada noche. Los nombres más insistentes son Elric, Erekosë, Corum. Y hay más. A veces veo el Bastón Rúnico, y otras una espada negra. Y en ocasiones, cuando estoy solo, sobre todo cuando cabalgo por los pantanos, acuden a mí despierto. Caras, conocidas y desconocidas, flotan ante mí. Oigo fragmentos de palabras. Y se repite con frecuencia esta aterradora frase, «Campeón Eterno»... Antes, creía que sólo un loco podía pensar en sí mismo como en un semidiós...

—Yo también —dijo el conde Brass, y sirvió más vino a Hawkmoon—. Son los demás quienes convierten a los héroes en semidioses. Ojalá que el mundo no necesitara héroes.

—Puede que un mundo cuerdo no les necesite.

—Y tal vez un mundo cuerdo sea un mundo sin hombres —sonrió con tristeza el conde Brass—. Quizá sea así por culpa de nosotros.

—Si un individuo puede ser íntegro, también nuestra raza. Si tengo fe, conde Brass, por ese motivo la conservo.

—Ojalá compartiera tu fe. Creo que el hombre, a la larga, está condenado a la autodestrucción. Sólo confío en que ese destino se retrase lo máximo posible, para evitar

los actos más desquiciados del hombre, que pueda lograrse un cierto equilibrio.

—Equilibrio. La idea simbolizada por la Balanza Cósmica, por el Bastón Rúnico. ¿Os he dicho que empiezo a dudar de esa filosofía? ¿Os he dicho que he llegado a la conclusión de que el equilibrio no es suficiente, en el sentido a que os referíais? El equilibrio en un individuo es algo estupendo; un equilibrio entre las necesidades de la mente y las necesidades del cuerpo, mantenido de forma inconsciente. Ésa debe ser nuestra meta, desde luego. Y el mundo, ¿qué? ¿Es posible domarlo?

—Me he perdido, amigo mío —rió el conde Brass—. Nunca fui un hombre cauteloso, en el sentido habitual de la palabra, pero he llegado a ser un hombre cansado. Tal vez sea cansancio lo que ahora dirige tus pensamientos.

—Es ira. Servimos al Bastón Rúnico. El precio fue alto. Muchos murieron. Muchos sufrieron tormentos. Aún está impresa en nuestras almas una terrible desesperación. Se nos dijo que pidiéramos su ayuda cuando la necesitáramos. ¿Acaso no la necesitamos ahora?

—Quizá no tanto como nos parece.

Hawkmoon lanzó una áspera carcajada.

—Si estáis en lo cierto, el futuro en que la necesitemos de verdad puede ser horroroso.

Entonces, una revelación floreció en su mente y se precipitó hacia la ventana, pero la figura ya había entrado en la ciudad y no pudo verla.

—¡Conozco a ese jinete!

Alguien llamó a la puerta. Hawkmoon fue a abrirla.

Y allí estaba, alto, engreído y orgulloso, con una mano en la cadera y la otra apoyada sobre el pomo de su espada, una capa doblada sobre el hombro derecho, la gorra ladeada levemente y una sonrisa torcida en su rostro rubicundo. Era el hombre de las Orcadas, el hermano del Caballero Negro y Amarillo. Era Orland Fank, servidor del Bastón Rúnico.

—Buenos días, duque de Colonia —saludó.

Hawkmoon frunció el ceño y sonrió apenas.

—Buenos días, maese Fank. ¿Venís a solicitar algún favor?

—La gente de las Orcadas nunca pide nada, duque Dorian.

—Y el Bastón Rúnico..., ¿qué pide?

Orland Fank avanzó unos pasos. El capitán Josef Vedla le pisaba los talones. Se detuvo en la chimenea y se calentó las manos. Paseó la mirada a su alrededor. Había un brillo sardónico en sus ojos, como si disfrutara del desconcierto que había causado.

—Os agradezco que enviarais a este emisario con la invitación de alojarme en el castillo de Brass —dijo Fank, guiñando un ojo a Vedla, que aún no salía de su asombro—. No estaba seguro de cual iba a ser vuestro recibimiento.

—Vuestras dudas eran muy comprensibles, maese Fank. —La expresión de Hawkmoon era tan socarrona como la de Fank—. Creo recordar que jurasteis algo cuando nos despedimos. Desde entonces, hemos arrostrado peligros tan espantosos como cuando servimos al Bastón Rúnico, que no ha dado el menor paso para ayudarnos.

Fank frunció el ceño.

—Sí, es verdad, pero no nos culpéis ni a mí ni al bastón. Las fuerzas que os afectaban a vos y a los vuestros también afectaban al Bastón Rúnico. Ha desaparecido de este mundo, Hawkmoon de Colonia. Lo he buscado en Amarehk, en Asiacomunista, en todos los países de esta Tierra. Luego, me llegaron rumores acerca de vuestra locura, de sucesos peculiares que tenían lugar en la Camarga, y vine desde las Cortes de Muskovia, casi sin detenerme, para visitaros y preguntaros si se os ocurre alguna explicación para los acontecimientos del año pasado.

—Vos, oráculo del Bastón Rúnico, ¿venís a pedirnos esa información? —El conde Brass dio una fuerte palmada so-

bre su muslo y estalló en carcajadas—. ¡Hay que ver las vueltas que da el mundo!

—¡Traigo información para intercambiar!

Fank plantó cara al conde Brass, con la espalda vuelta hacia el fuego y la mano sobre el pomo. Su máscara de ironía había desaparecido y Hawkmoon observó la tensión de su rostro, el cansancio de sus ojos.

Hawkmoon llenó una copa de vino y la tendió a Fank, que la aceptó y dirigió a Hawkmoon una fugaz mirada de gratitud.

El conde Brass lamentó su exabrupto y adoptó una expresión grave.

—Lo siento, maese Fank. Soy un anfitrión desastroso.

—Y yo un invitado desastroso, conde. A juzgar por la actividad de vuestro patio, deduzco que alguien parte hoy del castillo de Brass.

—Yisselda y yo nos vamos a Londra —explicó Hawkmoon.

—¿Yisselda? Así que es verdad. He oído diferentes historias... Que Yisselda estaba muerta, que el conde Brass estaba muerto, y yo no podía negar a confirmar los rumores, porque descubrí que mi memoria me jugaba malas pasadas. Perdí la confianza en mis propios recuerdos.

—Todos hemos padecido esa experiencia —dijo Hawkmoon.

Refirió a Fank todo cuanto pudo recordar (fue una selección incompleta, pues había cosas que sólo recordaba a medias, y otras que apenas intuía) sobre sus recientes aventuras, que se le antojaban irreales, y sobre sus sueños recientes, que le parecían mucho más tangibles. Fank continuaba de pie ante el fuego, las manos enlazadas a la espalda, la cabeza erguida, escuchando cada palabra con absoluta concentración. A veces asentía, en otras gruñía, y en muy raras ocasiones pedía explicaciones sobre una frase. Mientras tanto, Yisselda entró, ataviada con un grueso justillo y pantalones para el viaje, y se sentó en silencio junto a

la ventana, y sólo habló cuando, hacia el final del relato de Hawkmoon, pudo añadir información de su cosecha.

—Es cierto —dijo, cuando Hawkmoon terminó—. Los sueños parecen la realidad y la realidad parece un sueño. ¿Podéis explicar eso, maese Fank?

Fank se frotó la nariz.

—Existen muchas versiones de la realidad, mi señora. Algunos dicen que nuestros sueños reflejan acontecimientos de otros planos. Se está produciendo un gran desajuste, pero no creo que haya sido causado por los experimentos de Kalan y Taragorm. En cuanto a eso, los daños han sido reparados en gran parte. Pienso que se aprovecharon de este desajuste durante un tiempo. Es posible, incluso, que lo aumentaran, pero nada más. Sus esfuerzos fueron insignificantes. No pudieron causar todo esto. Sospecho que están actuando fuerzas tan enormes y aterradoras que el Bastón Rúnico ha sido llamado desde este plano en concreto para participar en una guerra de la que apenas poseemos referencias. Una gran guerra, tras la cual quedarán fijados los planos durante un período de tiempo que muchos definirían como la eternidad. Hablo de algo que casi desconozco, amigos míos. Sólo he escuchado la frase «La conjunción del Millón de Esferas», pronunciada por un filósofo agonizante en las montañas de Asiacomunista. ¿Os dice algo esa frase?

La frase resultó familiar a Hawkmoon, aunque estaba seguro de que no la había oído antes, ni siquiera en sus sueños más extraños. Así lo expresó a Fank.

—Confiaba en que sabríais más, duque Dorian, pero considero que esa frase entraña un profundo significado para todos nosotros. Acabo de enterarme de que vais en busca de vuestros hijos perdidos, mientras yo voy en busca del Bastón Rúnico. ¿Os dice algo la palabra «Tanelorn»?

—Una ciudad —contestó Hawkmoon—. El nombre de una ciudad.

—Sí, eso me han dicho, pero no he encontrado en este mundo ninguna ciudad que se llame así. Existirá en otro. ¿Encontraremos en ella el Bastón Rúnico, o a vuestros hijos?

—¿En Tanelorn?

—En Tanelorn.